JOAQUÍN DE NAZARET

(TRÍPTICO JAZMINERO)

JOAQUÍN ALLIENDE LUCO

Cuando en la primavera de 1995, Miguel Arteche recibió a Joaquín Alliende como Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española, dijo que entre sus escritos se encontraban "poemas de intensa belleza, algunos de los más hermosos que nuestros poetas han escrito al término del milenio". Sus libros 'Bienandanzas (1964)'; y la 'Alcachofa y el Copihue (1970)'; 'Longino Traspasado (1983)'; 'Diálogos con María al Fin del Milenio (1988)' y los poemas suyos que han pasado directamente del manuscrito a las mejores antologías de la poesía chilena, atestiguan, una trayectoria que va desde la lírica a la traducción de Goethe y a los textos para cantatas y misas que se estrenan en Alemania, Italia y en Chile. Ahora nos sorprende con algo completamente nuevo.

Al modo de los trípticos en que guardan tres imágenes mayores, pero que también al cerrarse están diciendo algo con los colores y las formas, aquí el poeta y sacerdote nos entrega una aproximación al misterio de la paternidad. Lo dice allegándose líricamente a una experiencia singular. La relación paterno-filial de San Joaquín y de su hija la Virgen María. En ese ámbito misterioso y cálido se enhebran unas leyendas. Como siempre, la metáfora dice más que el texto discursivo. Se habla de San Joaquín, Santa Ana y la hija irrepetible. Pero se habla también de todos nosotros, porque todos somos hijos y padres de alguien bienquerido. Y siempre se está hablando del misterio de ese Dios que quiso desvelarse en su Unigénito Jesucristo para confidenciarnos que el nombre más verídico de su misterio es: "Abbá, querido padre". Joaquín Alliende trae en estas páginas la extensa historia de su poesía y de su reflexión teológica, la experiencia de vivir arraigado en los símbolos de la tradición chilena y también de los tiempos transcurridos en sus largas estadías en Europa, donde recibió su formación literaria y sacerdotal.

San Joaquín, natural de Nazaret, esposo de Santa Ana, es el padre de la Virgen María. Nunca un padre y una hija se amaron tan hermosamente aquí en la tierra. Ella le decía 'Abbá', que en arameo significa 'papá querido'.

JOAQUÍN DE NAZARET

(TRÍPTICO JAZMINERO)

DEDICATORIA

en memoria
de Joaquín, jinete de la manta de vicuña,
mi abuelo de barba floral,
el que me regaló su nombre mojado,
y en memoria
de María, su hija y su ascua,
maestra que me enseñó
el Abbá de la sangre navegante
y el Abbá de la fe.

EDITORIAL
PATRIS

©EDITORIAL PATRIS S.A.
José Manuel Infante 132-Providencia
Tels/Fax: 2351343-2358674
SANTIAGO-CHILE

N° de Inscripción: 98.108
ISBN: 956-246-152-1

IMPRENTA:
Alvimpress Impresores Ltda.
Tel: 5559565

DISEÑO/ILUSTRACIÓN:
Francisca Morales A.

INDICE

- Notas para quienes lean este tríptico
  (mas sólo para cultivadores de jazmines)
- El tríptico por fuera:
  Genealogía de las palabras
- Cuadro lateral izquierdo:
  "Al volver a la Puerta Aurea del Templo"
- Cuadro central:
  "¿Puedo entrar? Nunca partí"
- Cuadro lateral derecho:
  "Dónde detener la travesía"
- Colofón

NOTAS PARA QUIENES LEAN ESTE TRÍPTICO

(MAS SÓLO PARA CULTIVADORES DE JAZMINES)

En la buhardilla crujiente de una
orfebrería vieja,
pintaban los trípticos sobre
maderas sufridas.

Cuando se cierran las dos hojas laterales,
se tiene un cuadro previo,
a modo de apertura.

Al abrirlas, se va el ojo
revoloteando el conjunto.
Después, de izquierda a derecha,
uno por uno a los tres
motivos enlazados.

Este tríptico es jazminero
porque habla de una lunita nueva
y su padre.

Alerta, ¡canta el gallo!
¡El jazmín liberta su pincel de aroma!

EL TRÍPTICO POR FUERA:

GENEALOGÍA DE LAS PALABRAS

(LAS DOS HOJAS DEL TRÍPTICO ESTÁN CERRADAS)

Si las sílabas engendran, la herencia más preciosa puede ser una palabra. Para ello las voces deben estar nombrando un amor que nos despierte en la médula. Y las primeras palabras de ternura de una biografía son las que sostienen todas las otras palabras. Para los seguidores de Jesús, la fe se apoya en dos sílabas que a él se le escaparon en Getsemaní: "Abbá" (en arameo significa papá, querido papacito). Esa exclamación, si se piensa bien, es la raíz del Padre Nuestro.

El Verbo, la Segunda Persona de la Trinidad Santísima, no trajo palabras humanas desde la vida eterna. Las aprendió aquí de su pueblo. Arameo, en casa. Hebreo, en la sinagoga.

Algunos vocablos se los enseñó José. "Garlopa", "hachuela", "veta del ciprés". También le explicó qué es un "baluarte" y un "alcázar". ("Jahvé es mi baluarte, alcázar que me salva").

Las voces inaugurales, las torpemente balbuceadas, las aprendió de mamá: "leche", "pan", "ven, mi amor". Pero la primera de todas fue "Abbá". Ella señalaba a José con un gesto como de ala de garza nívea y le repetía: "Dile 'Abbá', dile 'Abbá José'". El pequeño Jesús sintió una fascinación festiva: "Abbá, Abbá, Abbá". Allí latía en Nazaret la eternidad filial del Verbo amado y amador.

De Myriam heredó Jesús la palabra clave. Pero y ella ¿cuándo? ¿de quién la supo? ¿para quién? ¿para decirla a quién la aprendió?

Desde Adán y Eva, la primera vez que se escuchó la palabra sin mácula de miedo, fue en otra casa nazaretana. La Niña, nuevo paraíso, Myriam, moduló "Abbá". La supo de Ana. La pronunció a Joaquín. ¡Toda la ternura del cielo y el evangelio! ¡Toda la firmeza de la mujer del Viernes! ¡Toda la redención! ¡Toda la cercanía sin sombra en los labios jazmineros de la Niña!: "¡Abbá mío, Joaquín!".

CUADRO LATERAL IZQUIERDO

AL VOLVER A LA PUERTA ÁUREA DEL TEMPLO

Durante años y años Ana y Joaquín aguardaron en vano las señales de un hijo. La tristeza de no tenerlo venía en oleaje o en perfil de cordillera: hondanadas y crestas. Cuando el anhelo se hacía insoportable, se quedaba cada uno solo con Jahvé. Entonces Ana escudriñaba el cielo desde la Puerta Aurea en procura de una nubecilla blanquísima de rocío.

En tales horas, Joaquín salía con su rebaño muy lejos. Se arriesgaba por unos zarzales camino de Belén y la pena se le iba por la flauta de hueso. Era la música un lirio colgante del cielo encapotado.

Aquella primavera, entre las crías nuevas de sus ovejas, recibió Joaquín una más traslúcida que todas las copas del rocío. El la prefirió desde cuando la recobró entre la red de espinas de la zarza. Ese día le puso nombre: Myriam.

Su esposa le objetó con razón: "No es nombre de oveja, los otros pastores se reirán de ti". Joaquín se defendió con lo inmaculada que era su lana y que llamándola Myriam -que significa amada, en arameo- revivía el ansia con la que su entraña vibró al buscarla. Y le confidenció a Ana que ésta era la única ovejita

que, al tomarla del pasto, se le apretaba al pecho por el lado del corazón, teniendo que sostenerla con el brazo izquierdo, el más débil. Ana apagó el sollozo y susurró: "yo pedí que una hija fuera nuestra Myriam".

Otra ola de dolor. Joaquín miró el racimo de uvas de oro resplandeciente sobre la puerta del Templo. No pudo soportar ese brillo y se alejó por el campo. La flauta de hueso congregó al rebaño tras el pastor encorvado y flaco.

En el centro de la congoja ocurrió el estupor de la anunciación del ángel: "Joaquín,

serás padre, tu esposa concebirá; la puerta está abierta".

Cuando Joaquín se puso de pie ya sabía que era el patriarca del gozo. Ardía y todo lo perfumaba.

Presuroso endilgó hacia Jerusalén con la ovejita muy cerca suyo. Myriam rozó con sus labios las costillas de Joaquín, al modo de los dedos que pulsan las cuerdas de un laúd. El patriarca apartó su manto y vio que su ovejita era toda de oro vivo, como el racimo de uva, como la Puerta. Pudo ver desde el futuro a la otra Myriam, arriba, arriba.

¿PUEDO ENTRAR? NUNCA PARTÍ

Muy pequeña, de cuatro o cinco años, inició el rito medio jugando.

En algunas ocasiones lo repetía con fruición. En general, las palabras y los gestos eran los mismos, pero a Joaquín de Nazaret le sabía todo a nuevo. "Es como tu pan -le comentaba a Ana-. La harina y la levadura son iguales en cada hornada y, sin embargo, cada vez resulta un maná de sorpresa".

Con los años, la voz de Myriam modulaba más quedamente las sílabas del rito: "Quiero adorar a Jahvé en el templo de tu corazón. ¿Puedo entrar, abbá?".

Mientras con los nudillos de su mano de jazmín golpeaba en el pecho de su padre. La respuesta era casi siempre una mínima inflexión de los ojos. Entonces, la hija bajaba los párpados e inclinaba algo la cabeza. Así permanecía en silencio. La respiración denotaba la tenue brisa del alma. Volvía a erguir la frente, abría los ojos y "gracias, abbá".

No fue inesperado para Ana lo que sucedió a Joaquín cuando Myriam partió a Jerusalén. Los primeros días notó que su esposo trabajaba en el pequeño huerto hasta más tarde, como escamoteando la hora del rito.

En algunas ocasiones se percató que Joaquín se golpeaba el pecho con su mano cerca del corazón. Allí donde Myriam pedía permiso para entrar.

A Joaquín, con las semanas, la lejanía se le tornó insostenible. El don que él había hecho de su Myriam a Jahvé era genuino, pero la ausencia le constreñía los músculos de todo el cuerpo y le golpeaba como un ácido martillo. Oraba mucho más y se trenzaba en un combate contra el león húmedo de la tristeza.

Ana sufría, pero su congoja transitaba como un racimo de

uvas que sale del lagar transformado en vino. Joaquín, no. Sentía el pasmo de su vigor hasta próximo a la parálisis. Por ello pidió a Jahvé un oasis en la nostalgia. Le solicitó ser llevado en espíritu hasta Jerusalén para poder mirar a su niña por unos instantes. Humilde fue su plegaria y el Dios vivo le concedió tan singular favor.

Cruzó Galilea y Samaria como un celaje. Entró a la ciudad santa por la puerta del norte. Veloz recorrió las callejas y ascendió el monte Sión. En el templo se acercó al patio de las ofrendas, al lavadero de las túnicas, a los espacios de oración, a las

habitaciones de las jóvenes servidoras. Nada. Myriam no estaba en ningún lugar de Jerusalén. La peregrinación tan anhelada se trocó en una cruel pesadilla, en el deambular de un beduino moribundo por el desierto. Cada figura de niña grácil, que desde lejos parecía ser ella, terminó quebrándose como un espejismo de arena. Jahvé callaba.

Después de tres días de volar como alondra alerta sobre los torreones y como golondrina torpe bajo los arcos, volvió a Nazaret desolado. Jahvé callaba. El pastor saludó a Ana

y se tendió sobre una estera.
Entonces le visitó la voz:
"Joaquín, entra a tu corazón".
Obedeció con algo de miedo.
Descorrió los velos de su
bosque interior. Y allí, en el
claro del centro, estaba Myriam.
Los ojos recientes, todo el
rostro con luz de la primera
aurora... "Abbá Joaquín, tu
corazón es mi templo, nunca me
fui de este altar", dijo la niña.

CUADRO LATERAL DERECHO:

DONDE DETENER LA TRAVESÍA

Apartó los juncos para no perder de vista a su Niño. El estaba embelesado con los pececillos que trazaban círculos y ojivas en la poza. "¿Cómo se llaman, Madre?", preguntó. Cuando le pedía el nombre de las cosas, ella solía dudar si decirle la palabra en arameo o en la lengua de los ribereños del Nilo. Pero el nombre de esos pececillos azulados, ella lo ignoraba. Su Nazaret natal no tenía río. El pequeño Jesús ya había olvidado la pregunta. Estaba absorto con una nueva formación de espaditas escamadas que venía de descubrir junto a un tronco podrido.

Pasaron unas abutardas. Gritos de los remeros aguas arriba. Y el

silencio majestuoso del gran río. Sólo el lamido del leve oleaje de la estela de una barca, puso un chasquido oloroso en la mañana. Paz y una fila de patos muy alto, con el timón hacia Alejandría. "Glorifica mi alma al Señor que hizo en mí cosas grandes", oró Myriam de nuevo.

El río era como Jahvé, su Padre. El Niño soltó una risa. Fue una música similar a cuando se rompe un vaso de nardo y el aroma queda en el aire. Se escuchó un siseo como de serpiente. No era una víbora. Era un cazador oculto que oteaba los patos, tendido por ahí en la arena... "¡Sshh, silencio!".

Myriam comprendió la advertencia y se la explicó a su Niño. Ayer los había visto venir con un señuelo envuelto entre flores de papiro recién cortadas. Era un pato hechizo, con las plumas tomadas de algún ave colorida. Este señuelo lo ponían en la ribera anclándolo con unos guijarros y un hilo. Su padre Joaquín le enseñó el nombre exacto cuando bajaron por primera vez al mar de Galilea y unos cazadores espiaban aguardando las aves. "Se llaman cimbel", le dijo. A ella le gustaba mucho conocer los nombres de los vientos, de

las aves, de las florecillas, de los líquenes. Tal vez de allí le venía a Jesús la pregunta: "¿Madre, cómo se llaman estos peces?". Bueno, Adán y Eva también nombraron cada viviente con voces distintas. "Cimbel", Joaquín le decía a ella "Myriam Cimbel" o "Cimbel mío".

Inauguró esas palabras a la orilla del mar galileo. Pero en los días mediterráneos de Nazaret, en momentos de cercanía se las volvía a susurrar al oído. Cuando, junto a la espuma se le ocurrió a

Joaquín bautizarla así, él le dio razón de la metáfora. Le comunicó el mensaje cifrado: "Jahvé quiere cazarnos el corazón, hija mía. Nos atrae, nos encanta. Tiene múltiples señuelos para que dejemos de volar en lontananza y nos aproximemos a su red. Pero el más irresistible de sus señuelos es un cimbel. Los patos bajan su vuelo cuando reconocen a un ave hermosa de su propia especie, algo palpitante de la propia sangre. Y ese ramillete de plumas familiares los vulnera, los enamora, les indica que en ese paraje tienen nido donde detener

la travesía. El cimbel les
señala que están en casa, les
dice: 'bueno es estar aquí'.
Niña mía, por ti Jahvé me
cautiva, me vence, me enciende y
ata. El me encanta, por ti,
Myriam Cimbel".

Aquí su Jesús ha vuelto a reir.
Los cazadores se van a irritar.
Es mejor alejarse. Ella y su
Niño deben avanzar río abajo,
más cerca del Mar.

COLOFON

Pinté este tríptico cabalgando en un burro de peregrino, herido por la distancia. Comencé por el verano en Santiago de Compostela, en 1992, al borde de la Catedral, carabela pétrea. Seguí en la chilena Bellavista, a los pies andinos de María de Schoenstatt. Acabé desde un balcón brasileño, en Campo Limpo. Lo regalo en el corazón del Rey. Pero todo se queda durmiendo en anaqueles. En 1995 la Academia Chilena de la Lengua me nombra Miembro de Número y se me concede hablar en su aula de la "Genealogía Cristiana del Abbá". Es primavera. Entonces Francisca toma su acuarela. Ilustra y diseña lo que siente en colores. En 1996, Matte & Méndez produce cumplidamente el original. La experimentada Editorial Patris lo edita en papel... Ya es Navidad, Aetna Chile S.A., mostrando un ojo avisor de buen mecenas, toma a su cargo el financiamiento en favor de sus amigos. Vuela todo a manos y manos.